



Paz y Bien



XX Domingo durante el año.
20-VIII-2006

Textos:

Pbr.: 9,1-6.

Ef.: 5,15-20.

Jn.: 6,51-59.

“...y Yo los resucitaré en el último día”.

En la lectura y meditación del capítulo VI de San Juan, que estamos realizando, Jesús profundiza su revelación como el Pan de Vida, como potencia unitiva: “El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y Yo en él”, y como remedio de inmortalidad: “...el que come de este pan vivirá eternamente (...) y Yo lo resucitaré en el último día”.

La expresión central del discurso de Jesús: “el Pan de Vida”, es de una extraordinaria originalidad, pues es una expresión jamás usada hasta entonces. La Eucaristía, designada por esta expresión aparece por lo tanto como un pan nuevo, un pan especial, el pan que iba a darnos el Mesías: sacramento maravilloso de unión vital con Jesús, sacramento que realiza dicha unión en esta vida (v. 50-51) y es prenda y garantía de la misma unión en la eternidad (s. 40 y 55).

Cristo es para nosotros “el lazo de caridad” (San Cirilo de Alejandría), pues “formamos un solo cuerpo, participando todos de un mismo pan” (I Cor. 10,17). Así Cristo-Eucaristía es “la raíz fundamental y principio de la unidad católica” (Pío X).

Hermanos en este tiempo de frívolo subjetivismo y de sensiblería barata, no debemos buscar la fuente de la unidad en tal consenso o en la “química”, sino en los criterios sobrenaturales, pues “Cristo ha querido hacer de este sacramento el símbolo de este Cuerpo (que es la Iglesia) cuya Cabeza es Él mismo, al cual ha querido unirnos como miembros suyos por lo más estrechos vínculos de la fe, de la esperanza y de la caridad, a fin de que no seamos más que una sola realidad, sin que haya jamás división” (Concilio de Trento).

Tal es la fuente y principio de unidad en la Iglesia por lo que toda división repugna al ser mismo del cristianismo y a la naturaleza del Pueblo de Dios.

Recibir la Eucaristía es, por lo tanto, entrar en profunda comunión con Jesús: “El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y Yo en él”.

La Eucaristía es así, fuente de unidad eclesial y, a la vez, su máxima manifestación, por esto es importante la participación en la Misa, con ello se manifiesta más plenamente la comunión, ello es la epifanía de la comunión (cf. J. Pablo II, M. N. D. 21).

Si meditamos detenidamente en la naturaleza de esta “comunión”, veremos que su realidad no se agota en el acto sacramental de la comunión eucarística. Exige “permanencia”: “El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y Yo en él”; la comunión supone un encuentro existencial en identidad de vida, es decir, Jesús nos hace vivir su propia vida.

Dijimos que la Eucaristía es también presentada como “remedio (fármaco) de inmortalidad” (San Ignacio de Antioquia); al afirmar Jesús: “El que coma de este pan vivirá eternamente”, es decir que viviremos por Él: “el que me come vivirá por mí”, en definitiva, es la vida de Jesús la que nos alimenta.

Los cristianos estarán unidos a Cristo en la eternidad, por haber estado ya unidos a Él en la tierra por la Eucaristía, prenda de inmortalidad y antídoto contra la muerte (cf. S. Ignacio de Antioquia).

Por último, comulgar exige continuar la misión de Cristo, la comunión debe unirnos también entre nosotros para prolongar en el mundo la misión de Cristo -“ut unum sint”-; por la comunión con el Señor, somos portadores de Cristo (Cristóforos), y Él por “la Eucaristía no sólo proporciona la fuerza interior para dicha misión, sino también en cierto sentido, su proyecto. En efecto, la Eucaristía es un modo de ser que pasa de Jesús al

cristiano y, por su testimonio, tiende a irradiarse en la sociedad y en la cultura” (J. Pablo II, M. N. D., 25).

Así el “Pan del cielo” se transforma en “pan de la tierra.

Hermanos, oremos para que el buen Dios nos ayude para que todos asumamos la responsabilidad de ser promotores de comunión, de paz y de solidaridad en nuestro ambiente y en todas las circunstancias de la vida (cf. J. Pablo II, id.), así continuaremos la misión de Cristo en el mundo.

Amén.

G. in D.